

Sepa vuestra merced, ante todo, que a mí me llaman Alejandro Alcina Fuentes, y que el 12 de abril de 1996 me levanté de la cama decidido a demostrar una hipótesis: había descubierto que la vida estaba hecha de tal manera que los actos más estrictamente lógicos acababan por resultar absurdos y me preguntaba si en caso de actuar de forma absurda la elástica membrana de la realidad voltearía mi gesto hacia la lógica.

Pero empecemos por el principio: para revelarme su verdadera naturaleza el mundo se sirvió de una vulgar cabina de teléfonos. La que se encuentra en los alrededores del río, para ser exactos, entre el kiosco de prensa y el último banco de la hilera que lo bordea, en el que yo me encontraba esa mañana, y no por casualidad. Durante la noche, algún desalmado había obstruido la ranura de monedas del teléfono con algo, probablemente un chicle, acondicionando la cabina para que se tragase servicialmente todas las monedas pero no diese llamada. Llegué a dicha conclusión tras presenciar los vanos intentos de algunos transeúntes. Una vez comprendí lo que ocurría, me arrellané en el banco y me dispuse a disfrutar del espectáculo, intuyendo un trasfondo irremediablemente metafísico bajo la compacta trivialidad de aquellas repeticiones malogradas, como si me encontrase de repente ante una maqueta del universo y sus dramas.

La cabina brillaba bajo el sol de la mañana como un espejismo, irresistiblemente libre, apartada del bullicio del tráfico, tentadora y ladina. Tan hermosa y seductora resultaba que no sólo atraía a los necesitados, sino que parecía sugerir llamadas espontáneas a todo el que pasaba por su lado, instándoles a sorprender con alguna dulzura inhabitual a quien nada espera al otro lado de la línea. Pero la cabina abortaba todos los intentos con la misma indiferencia despiadada. Durante horas, con breves intervalos de dos o tres minutos, vi morir desde mi banco los sueños del Hombre: contemplé al ejecutivo apurado abalanzándose sobre el teléfono libre con alivio, sintiéndose salvado por aquella cabina benditamente solitaria, y colgar el auricular con un gruñido que le restaba de golpe varios siglos de evolución; contemplé al adolescente acuciado por los amigos a realizar una llamada de amor, le observé reflexionar durante unos minutos, darse ánimos, creerse irresistible y acogerse con una sonrisa exultante al sólo se vive una vez, y le vi descolgar el teléfono con el pulso tembloroso para nada, sabiendo que nunca se sentiría tan decidido como en aquel momento y lamentando que por una cabina amañada se pueda perder tanto; contemplé a la señora que no tiene monedas y se ve obligada a pedir cambio en el kiosco, asistí a un par de tortuosos minutos para pescar el monedero que naufragaba en el bolso, para hacer malabarismos con las bolsas de la compra, para acercarse a la cabina perdiendo paquetes, fatigada y enojada para ver cómo la maldita moneda desaparecía sin más ante sus ojos, como una ilusión; contemple a la pareja que se despide ante la cabina, pues él tiene que hacer una llamada, y ella se va sola en una mañana que pide a gritos ser compartida, ignorando que podría disfrutar unas calles más en su compañía. Contemplé aquellos dramas sabiendo su final sin que sus protagonistas ni siquiera lo sospechasen, vi la ilusión con que se acercaban al teléfono inservible y supe que estaba mirando a través de los ojos de Dios, que así debía vernos él, levantando la tienda de

campaña de nuestros pequeños sueños sin saber si mañana el viento será lo suficientemente poderoso como para derrumbarlos. Tres horas largas presenciando aquel patético espectáculo me llevaron a concluir que el mundo no parecía absurdo, sino que era absurdo. Que era absurdo adrede. Que ser absurdo y nada más que absurdo era su objetivo. Entonces supe que la armadura funcionaría.

¿Qué hacía yo allí, en aquel banco, bajo aquel cielo de alma-naque religioso? Pensaba en Artemisa. O mejor dicho, había acudido allí, al banco desde el que tantos atardeceres habíamos presenciado, cogidos de la mano mientras la noche absorbía como papel secante el azul del río, para pensar en ella, aunque mi mente luciera un blanco immaculado desde la noche anterior, cuando en medio de la cena ella había puesto fin a nuestros dos meses de relaciones.

Sucedió en mi piso, donde nos habían sucedido la mayoría de las cosas, donde en aquel momento nos encontrábamos tomando una pizza sin anchoas repantigados en el sofá, envueltos en una cálida atmósfera de unión conyugal, de futuro compartido. Ella se aclaró la garganta, preparándose para hablar, y yo, felizmente aletargado en el centro de aquella escena tan premonitoria, tendí hacia ella una mínima parte de mi oído, seguro de que cualquier cosa que ella pudiera decir no haría más que confirmar todo. Y ella dijo: quiero dejarlo. Sencillamente. Y aquello no confirmaba nada. Nada en absoluto. No sé cuánto tiempo necesité para digerir aquellas palabras, para convencerme de que lo que no podía pasar estaba pasando, que ya casi había pasado y yo caía por una pendiente, por un abismo oscuro que, de repente, contradiciendo todos los mapas, había surgido ante mis pies. ¿Por qué?, fue lo único que atiné a decir, sabiendo que tanto daba el por qué, que mis planes ya nunca se realizarían por muchos porqués que hubiese, deseando incluso que ella no hablase, que permaneciera callada, que lo dejase estar para que yo pudiese creer que todo se-

guía y seguiría igual. ¿Por qué?, repitió ella como si mi pregunta le resultase impertinente. ¿Por qué?...Te lo he estado diciendo todos los días, pero nunca me escuchaste. Eso fue todo. Y yo no pregunté más. Cuando, cansada de tanto silencio, se levantó para ejecutar la ensayada despedida, alerté todos mis sentidos, dispuesto a recoger hasta el más pequeño detalle de su último minuto en mi vida. Nada duele más que vivir algo hermoso por última vez, al descubrir sobresaltados que su hermosura proviene de su persistencia. Sentí su beso terminal tratando de adherirse a la desvencijada mueca de mis labios. Sin ganas saboreé su aliento, amargo como una ausencia; olí su perfume de distancias cortas sabiendo que no le seguiría ninguna caricia, que esta vez no era prelude de ninguna gresca de amor. Toda ella pedía un abrazo. Un último trueque de calor y dulzura. Pero no me levanté, mis brazos no se movieron, permanecieron inertes, bloqueados, incapaces ahora de arroparla, de componer un gesto cuyo significado distaba mucho del que había tenido siempre, en aquella otra vida de apenas un minuto antes. Artemisa ya no me pertenecía, y sentirla contra mí entonces se me antojaba tan doloroso, patético e inútil como abrazar su cadáver, tal vez más porque seguía viva. Le oí. Cerrar. La Puerta. Observé cómo giraban y giraban las manecillas del reloj. Ella bajaba la escalera, cruzaba la calle, tomaba un taxi, dejaba escapar un suspiro, empezaba su nueva vida, y yo atrapado en el reducido orbe del sofá, sin ni siquiera fuerzas para pedir una ambulancia, concluyendo mi vieja vida con un trozo de pizza sin anchoas olvidado entre los dedos y la mente vacía, temerosa de cualquier pensamiento que pudiese llegar a partir de ahora. Cuando las vueltas del reloj empezaron a marearme, me levanté y bajé a la calle, y me eché a rodar sin dirección por las aceras, como un boliche lanzado por un advenedizo, presintiendo que lo que me quedaba por vivir iba a parecerse mucho a la letra de un bolero atroz y descarnado. Así que nuestro romance llevaba mucho tiempo perdiendo gas.

Así que Artemisa había estado mandándome mensajes cifrados y yo, demasiado ocupado amándola, no me había percatado de que la granada que sacudía ante mis narices ya no tenía anilla... Eres arte, tesoro, solía decirle al verla llegar al Insomnio, vestida de sábado eterno y salvaje, reviviendo el local con sus curvas cerradas hechas para castigar llantas. Ahora sé que debía referirme a esas pinturas opacas y disparatadas que parecen hechas con los ojos vendados y que una vez acabadas se dejan por despiste sobre la mesa de la cocina para que el gato le pase varias veces por encima.

Todo eso pensé sin pensar nada en aquel solitario banco frente al río cubierto de corazones y mensajes de amor escritos a navaja sobre la madera. También yo había acudido a anunciar allí nuestra modesta felicidad dos meses atrás, sin decirse-lo nunca a Artemisa, movido por ese romanticismo ostentoso que uno arrastra desde la adolescencia y conserva hasta su primera relación, un corazón tembloroso con dos letras igual de temblorosas y una fecha que ahora era incapaz de encontrar bajo la abigarrada galaxia de nombres y obscenidades que asfixiaban su superficie. ¿Cuántos de aquellos corazones se habrían roto ya? ¿Cuántas de aquellas declaraciones de amor tendrían aún vigencia? Era un pobre consuelo pensar que mi situación, una vez colocada sobre el tapete, junto al resto de las manos de los demás jugadores, era tan especial como una gota de agua en una tormenta.

Pero Artemisa me había dejado a mí y a nadie más. Y el porqué existía y yo iba a dar con él. Iba a descifrarlo, a entenderlo. Iba a descubrir las causas de la repentina desertión de Artemisa, mi dulce libro sin glosario, o morir en el intento. Tras una exhaustiva inspección por armarios y cajones olvidados, desplegué todo lo recolectado sobre la alfombra y sonreí, contento conmigo mismo por haber tomado la absurda decisión de seguir luchando aunque la batalla había terminado y todo cuanto yo pudiera hacer era evidentemente inútil. Acari-

cié con afecto los objetos desperdigados ante mí y entrecerré los ojos unos minutos para que el redoble de la lluvia en los cristales aportase a la escena el adecuado tinte épico. Cada material debía tener su razón de ser; un elemento superfluo podía perjudicar el conjunto. Con unos alicates y un rollo de alambre fabriqué una especie de peto que forré con páginas arrancadas de la enciclopedia familiar, por si Artemisa hubiese empleado alguna palabra más rebuscada de lo normal. Hice con los mismos materiales un casco, donde coloqué un despertador que atrasaba y un pequeño ventilador para remover el aire y así desempolvar sus palabras, que me calé enseguida sobre mi cráneo recién rasurado. El objeto más discutido eran unas enormes gafas de submarinismo con las que rematé mi rostro. Aparte de su simbolismo, no lograba justificar su inclusión entre los demás elementos del atrezzo. Las gafas aparecieron como por arte de magia en el maletero del coche familiar al regreso de unas vacaciones y a partir de ahí habían malvivido por casa con esa vida de repisas, alacenas y preguntas engorrosas de las cosas inútiles que nadie se decide a tirar. Finalmente, me las había traído conmigo como un amuleto, y cuando tropezaba con ellas me consolaba pensando que tarde o temprano les encontraría alguna utilidad. Ahora lo tenía claro: desde que surgieron del maletero del coche, la armadura había sido su destino. A lo largo del peto había dispuesto varias alcayatas, de las cuales procedí a colgar, como adornos de Navidad, un sinfín de objetos variopintos que con secreta vocación fetichista había ido recolectando a lo largo y ancho de nuestro romance: entradas de conciertos, servilletas, envoltorios de compresas, postales, una barra de labios olvidada, un trozo de pizza sin anchoas, fotos, algunos kleenex con sus microbios, el hilo de una falda, abalorios sentimentales destinados a envolverme con la fuerza mágica de los recuerdos. Me puse también unos guantes de goma, sin tener claro por qué. Pero lo fundamental aún quedaba por hacer: con varias vueltas de

cinta aislante coloqué una vieja grabadora en la punta de un palo de escoba. Le añadí un par de coladores, a modo de filtros que repudiasen los sonidos sobrantes y dejaran pasar únicamente las palabras de Artemisa. Luego la colgué en la azotea, como si fuese pescado para ahumar, con el objeto de que la noche la bendijera con el aliento propicio de todos sus astros.

Pero una armadura no hace a un caballero; aún faltaba el toque final y conocía a la persona idónea para llevarlo a cabo. Cerca de casa, en dirección a los suburbios, había uno de esos bares de mala muerte con plantilla fija de parroquianos. Alguna vez que otra había recalado allí con Javi en busca de una borrachera barata y secreta, y sabía que en la puerta del local solía apostar su silla, quizá para entretener sus días de noche descifrando el tufo de sonidos y olores que era la transpiración de la ciudad, un ciego arisco y bravucón, amigo de las curdas y los cuplés. Me arrodillé solemnemente ante él y grité en sus narices la consigna aprendida de los zagales del barrio: ¡Ciego mamón, con tu mujer me lo hago yo sin que tú abandones el colchón! Como siempre ocurría, la respuesta fue instantánea. Con una apretada mueca de odio y una rapidez cegadora, el ciego fustigó el aire con su bastón de caña y yo recibí en mi hombro derecho, con la mayor dignidad posible, el esperado latigazo. Volví a repetir la consigna y el furioso bastón, enardecido por haber encontrado carne por vez primera, dejó su mordedura de serpiente en mi hombro izquierdo. Me retiré con una reverencia hacia aquel Arturo discapacitado y enfilé hacia casa, frotándome los moretones y preguntándome qué nombre adoptaría ahora que ya era oficialmente caballero.

A la mañana siguiente, el amanecer desveló un cielo huérfano de nubes, coloreado con ese azul uniforme y rotundo de los tests de embarazo. Me coloqué la armadura, y asomado a la ventana pasé una mirada afectuosa a lo largo del escenario azaroso e indiferente que iba a acoger mi gesta, y me pareció intuir en aquella mañana cualquiera un velado aire de expecta-

ción hacia el desenlace de mi empresa y un cierto servilismo inconsciente hacia mi recién adquirido grado de caballero. Y es que no hay nada como un drama romántico para hermanar a una ciudad. El equipo local jugaba en casa y hasta el vecino parece menos desagradable cuando él también mira el incierto marcador con ojos esperanzados y la boca llena de los mejores pasajes del catecismo. Pero al bajar a la calle, la ilusión se desvaneció. Los peatones no me rodearon alborozados, cantando y esgrimiendo pasos de baile por turnos como en un musical del viejo Hollywood, no. Yo y mis circunstancias, mi armadura hecha de mondas de amor y chatarra casera, la peligrosa gesta que me esperaba, no lograron despertar en la ajetreada concurrencia más que ligerísimas miradas de piadosa curiosidad. Me di ánimos pensando que era mejor así. No quería que las masas degradaran mi romántica empresa siguiéndola como si se tratase de una de esas cursilerías acartonadas que hacían sus nidos en las horas de máxima audiencia de los canales de televisión, te prometo que voy a cambiar Lola, que dejaré de salir con los amigos y te llevaré al cine, que nunca te hubiera puesto la mano encima de no ser por el vino, que he descubierto que eres lo más importante de mi vida, dame otra oportunidad, por la niña, etcétera, etcétera.

Mi itinerario no era otro que el que Artemisa y yo acostumbrábamos a hacer cualquier día, una equilibrada excursión turística por el amor y sus estrecheces que empezaba por lo general en algún parque, donde nos tendíamos al sol con alguna lectura o conversación. Hacia uno de aquellos parques dirigí mis pasos. Encontré el árbol a cuya sombra habían tenido lugar la mayoría de nuestras charlas y puse en marcha el invento. El reloj de mi cabeza, como un cangrejo, apuntaba hacia el pasado, y el ventilador desmantelaba el aire con eficacia, descubriendo los oscuros comentarios de Artemisa, que se precipitaban irremediabilmente en mi grabadora, donde eran desbrozados de banalidades por los coladores. Excepto que me

costó más de media hora convencer al vigilante del parque de que no había ninguna plaga de pulgones allí, pude realizar mi trabajo en paz. En el Corte Inglés, sección discos, siguiente punto del trayecto, me resultó más difícil pasar desapercibido. Todos creían que mi armadura era el reclamo publicitario del último álbum de Peter Gabriel. A media tarde recorrí sin demasiados incidentes las márgenes del río y al llegar la noche me encaminé al Insomnio. Richi, el barman, con el que la costumbre de empezar allí la noche me había llevado a labrar una de esas amistades superfluas y ridículamente cómplices, me sonrió al verme llegar y me invitó a un whisky. Artemisa y yo hemos roto, Richi, confesé nada más acodarme en la barra, pues para eso creó Dios a los barman y yo necesitaba decirlo en voz alta para comprobar que seguía sonando igual de mal. Vaya. Qué putada, dijo, penosamente consternado. Las chicas como Artemisa no abundan, ¿y por qué fue? En la vida hay dos normas que, aunque no están escritas en ningún código, todo el mundo sabe que deben acatarse: a los amigos hay que tratarles con respeto, y un buen whisky gratis nunca debe desperdiciarse. En un segundo quebranté las dos. Cuando quise darme cuenta, Richi me miraba atónito, con su risueño rostro empapado de whisky, y la copa de mi mano estaba vacía. Richi no se lo tomó demasiado mal, pero creo que no podré volver por el Insomnio durante mucho tiempo. Sobre todo después de provocar la estampida de sus clientes, tan temerosos de la radiactividad como cualquiera, cuando me puse a rociar con mi invento nuestra mesa de siempre. El viaje de regreso a casa fue aún peor. Ningún autobús aceptó llevarme y hube de volver a pie, declinando una y otra vez las insistentes ofertas de yuppies engominados que atraídos por las innovadoras perversiones que sugería mi armadura detenían su enorme coche ante mí.

Nada más llegar a casa puse la cinta en el radiocasette y pulsé play. Había llegado el momento de afrontar la verdad, de

conocer la otra versión de los hechos. Contuve la respiración y afiné el oído, pero durante la hora que duró la cinta lo único que escuché fue el irritante puré de sonidos nativos de cada sitio donde había estado. ¿Dónde estaba la voz de Artemisa? ¿Dónde sus explicaciones? Apagué el aparato y me acerqué a la ventana, abatido. La armadura no había fallado, de eso estaba seguro, era lo suficientemente absurda para que funcionase. La explicación de Artemisa estaba en la cinta, de eso no había duda. El problema era que yo, como había sucedido en su momento, era incapaz de escucharla. Y dudaba que pudiese hacerlo algún día. Y es que hay mujeres y mujeres y hombres y hombres, y no basta con barajarlos y elegir una carta de cada mazo y creer que el resultado es una pareja. La cosa es mucho más compleja. Y estaba seguro de que en algún lugar existiría un hombre que comprendiese a Artemisa, como debía haber una mujer a la que yo comprendiese. Habría que seguir probando.

Recordé el tormento de la noche anterior, digno del martirologio, tratando de acallar el dolor de mi pecho con alcohol, una larga borrachera que me llevó al río, a cuyas aguas barnizadas de luces arrojé mil improperios, furioso con la vida toda, y preso de un horrible e indefinido deseo de venganza contra nada en particular que acabó por concretarse en el insignificante pero efectivo acto vandálico de obstruir con un paquete entero de chicles la primera cabina de teléfonos que vi. Sí, había habido mucho sufrimiento, y aún iba a haber mucho más, pero el dolor iría remitiendo poco a poco, día a día, como se apaga la voz de un bolero, hasta convertirse en una cicatriz que sólo escocería al pasársele la mano, en una experiencia pretérita de la que aprender algo. Al fin y al cabo, el tiempo lo curaba todo.

Y yo no pensaba cruzarme de brazos mientras él hacía el trabajo sucio. Estaba dispuesto a echarle una mano. Cogí mi agenda y busqué el número de Sara, la mejor amiga de Artemisa,

una chica que desde el momento de ser presentados andaba acosándome abiertamente, quizá porque en el fondo eran rivales desde la infancia, como sucedía en el cine, y cuyo teléfono yo había tenido el olfato de apuntar en cuanto tuve oportunidad. Y en menos de una hora Sara y un servidor, todavía con la armadura puesta, sin mediar más palabras que las necesarias para escoger la protección y discutir la postura, nos restregábamos el uno contra el otro entre las sábanas buscando cosas diferentes, jadeando con la ridícula desmesura a que obliga el pecado sin saber que en ese mismo instante Artemisa era informada por el barman del Insomnio de mi gesta, se conmovía, se veía de pronto a sí misma como un acertijo resuelto, incluso lloraba en los servicios, salía del local, cruzaba las calles y subía en aquellos momentos las escaleras de mi casa, cosas de la vida, para decirme que había cometido una tontería, que había estado ciega, que por fin se había dado cuenta de que me quería.